

INTRODUCCIÓN

Si bien la necesidad de conservar el Patrimonio como legado del pasado histórico de la colectividad ha sido sentida, en mayor o menor grado, desde las civilizaciones clásicas hasta nuestros días, nunca como ahora se había profundizado tanto en el contenido del concepto "conservación".

Hoy, la conservación del Patrimonio va más allá del inventario, estudio, catalogación y restauración de los monumentos o yacimientos arqueológicos. La generalización del concepto de "bien cultural", acuñado con el afán de integrar todas las manifestaciones culturales y de dotar al Patrimonio de un carácter de civilidad, capaz de englobarlo en el entorno socio-cultural del grupo humano que lo generó, nos permite una interpretación diferente del Patrimonio, considerándolo como elemento generador de identidad, y como importante factor de desarrollo en un Plan de desarrollo integrado del territorio.

Por ello, la conservación debe atender a las nuevas necesidades que este planteamiento conlleva.

La puesta en valor del Patrimonio Arqueológico del Peñón de Santa Ana nos va a servir de pauta para conocer más de cerca esta experiencia y aplicarla a otros proyectos en los que el Patrimonio Cultural Castreño tiene una importancia relevante.

LA EXCAVACIÓN DE LA ERMITA DE SANTA ANA

La excavación arqueológica de la ermita de Santa Ana fue abordada por el Ayto. de Castro Urdiales como paso previo a la musealización del lugar, y dirigida por la arqueóloga Ángeles Valle en tres fases durante los años 2001 a 2003.



Una primera campaña de sondeos puso de relieve un potencial arqueológico ciertamente insospechado, con una compleja secuencia de edificaciones sobre el conocido peñón, que además conserva restos de un paleosuelo con evidencias materiales pertenecientes al **Paleolítico Superior**.

Así pues, se decidió excavar una porción importante del subsuelo, que tras las tres fases superó el 80 % del mismo, buscando documentar la historia del edificio religioso y del propio peñasco, cuya silueta es inconfundible en el puerto de Castro y figura en el propio escudo de la ciudad.

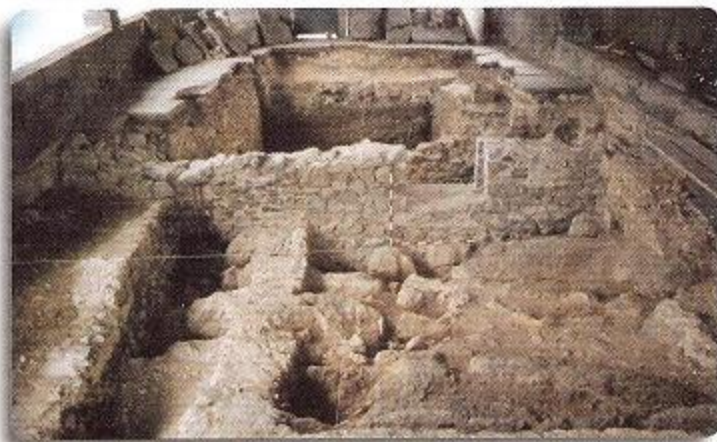
Para ello, hubo de retirarse el pavimento de pesadas losas de caliza, y rebajar el subsuelo, en algunos casos hasta la propia roca madre, conservando *in situ* la mayoría de las estructuras arqueológicas que son las que hoy pueden contemplarse bajo el suelo transparente.

En total se recuperaron unos 1.100 objetos arqueológicos de distinto rango, entre ellos piezas líticas, restos de fauna terrestre y marina, fragmentos cerámicos de distintas épocas, restos humanos desconectados, piezas numismáticas y otros muy variados, como los propios restos de materiales de construcción, algunos de los cuales avalan la presencia de una edificación de cronología **romana** arrasada por las construcciones posteriores. Es imposible conocer hoy con seguridad cuál era el carácter de esa construcción, aunque su posición estratégica en el puerto de *Flaviobriga* sugiere algún tipo de señal marítima o faro.

LAS FASES DE CONSTRUCCIÓN EXHUMADAS

Una secuencia de once fases se puede deducir de los restos de muros y pavimentos puestos a la luz, aunque el total de unidades estratigráficas documentadas fue de 111.

La primera está representada por un único fragmento de muro, situado bajo el primitivo muro de cierre por el Este del acceso desde el embarcadero de San Guillén, que relacionamos por su posición y tipo de mortero con la construcción romana antes aludida.



La segunda parece corresponder a un momento plenomedieval, en el que se ocupa la escasa zona disponible, fundamentalmente el lado Oeste del peñón, adaptándose al relieve mediante relleno con escombros y tallando incluso zonas de la roca madre, completándose con un tosco pavimento de cal y fragmentos de ladrillo y teja. El interior del edificio religioso, al que se accedía por el Sur, debió estucarse y pintarse con colores vivos en bandas sencillas. Un gran derrumbe del tejado de este edificio parece sellar esta fase, inaugurando una serie de episodios de

ruina y reconstrucciones que parece ininterrumpida hasta nuestros días. Algunos materiales cerámicos –vasos de *boca cuadrada*– y numismáticos, como un *cornado* de vellón del rey Sancho IV, nos hacen situar esta fase entre los siglos XII y XIII. La falta de documentación medieval del edificio no permite saber si la advocación de la ermita era ya entonces la de Santa Ana, u otra diferente, como parece más lógico, dado el carácter más bien tardío del culto a la Madre de la Virgen María.

La fase III supone un gran ensanchamiento del edificio hacia el Este, a expensas de rellenos y debiendo construirse contrafuertes en dicho flanco. Se produce asimismo un cambio del acceso Sur, que se condensa, a uno abierto en el lado Oeste, que se manifiesta en la actualidad al conservarse dos peldaños de arenisca empotrados en dicho hastial. Esto supone la existencia ya de los puentes de comunicación de los peñones de Santa Ana con tierra firme, de los que hoy sólo se conserva el mayor, junto al castillo, puesto que los otros dos que existieron fueron demolidos en las obras de construcción del dique rompeolas en 1902. Esta fase debe atribuirse ya a la Edad Moderna, tal vez al reinado de los Reyes Católicos, atestiguado por dos monedas de 2 y 4 maravedís de finales del siglo XV.

Las fases IV y V suponen la recuperación del acceso primitivo por el Sur, flanqueado por dos gruesos muros de mampostería de arenisca y pavimentado con losas del mismo material, que será reformado al menos en una ocasión utilizando material de derribo procedente de otro



lugar, como atestigua una estela discoidea decorada con cruz patada reutilizada con ese fin. La aparición de varias monedas de Felipe II, Felipe III y Felipe IV (especialmente de este último, con tres ejemplares de 8 maravedís) fechan este episodio entre los siglos XVI y XVII.

Dos nuevos episodios de reforma (VI y VII) amortizan estructuras anteriores y tienen distinto desarrollo y propósitos, ya que el primero parece buscar el techado del espacio de acceso mediante un porche sostenido por pies derechos de madera, de los que quedaban las basas, y la segunda el cierre de un pequeño espacio inmediato a la puerta primitiva mediante un muro en "L". Un conjunto de pequeños muros paralelos parecen poder interpretarse como un osario con fases sucesivas de enterramiento y lechadas de cal, en cuyo contexto apareció un moneda de Carlos IV de 8 maravedís acuñada en 1802.